

ACTUALIDAD

LAS fuerzas enemigas de la libertad y de la emancipación económica del proletariado coinciden hoy en el intento de sostener en España el régimen de los privilegiados falangistas igual que durante la contienda del 36 al 39 se concordaron para sofocar la revolución en prevención de que su victoria no constituyera un estimulante incontenible para los demás pueblos decidiéndoles a poner fin al absurdo régimen estatal capitalista.

Dentro de las fronteras hispanas se había manifestado la actitud resuelta a impedir al fascismo el fácil triunfo sobre las libertades populares. Y, tras este primer gesto de heroísmo inigualado, siguió el de orientar la lucha por el sendero de las realizaciones revolucionarias destronando a las clases dominantes y suprimiendo las trabas con que el funcionarismo estatal obstaculiza la marcha del progreso social. Dos actos que los guardianes del orden burgués y los gozquecillos de todos los sistemas estatales juzgaron imperdonables.

Entonces, la plutocracia, encubierta bajo el disfraz democrático-progresista, consintió que el fascismo — amamantado por ella en Italia y Alemania — prodigara sus auxilios a la reacción sublevada en España y se consumara la derrota del antifascismo que tan cara había de resultar no sólo al pueblo español, sino a todos los del orbe en la lucha fatal desencadenada más tarde por las ambiciones totalitarias e imperialistas.

Ha habido en la etapa posterior — paréntesis de incierta paz — promesas abundantes y declaraciones de incompatibilidad hacia el régimen edificado por el falangismo, pero sin deseos de que, efectivamente, desapareciera. Y el disfraz se rasga, al fin, descubriendo la hipocresía de los gobiernos pseudodemocráticos y la fecunda colaboración en la insinceridad de todos sus agentes políticos, militares y diplomáticos.

No pasa una semana sin que en tal o cual reunión de cancillería, asamblea parlamentaria o congresillo político se aluda a España y su régimen. Raramente para condenar, aunque fuera formulariamente, a los mercenarios franquistas, y sí, con frecuencia, tratando de justificar su permanencia y atreviéndose, incluso, a proponer su rehabilitación definitiva con el ingreso en la colectividad internacional. En este sentido se ha manifestado recientemente Winston Churchill en el parlamento londinense, situándose, el ex-ministro liberal y jefe de gobierno conservador, casi en la misma línea pro-franquista que los O'Konski y los Gurney....

Como inesperada esta referencia churchilliana al nombramiento de embajadores en Madrid dando cabida a Franco en las Naciones Unidas ha sido motivo de decepción entre algunos dirigentes del sector moderado del antifranquismo y de excesivo regocijo por parte de la prensa y demás servicios de propaganda nazi-falangista. ¿Pero qué importancia pueden tener estas piruetas parlamentarias del jefe de la oposición en los Comunes? Creemos que no debe ser muy grande pues el magnate inglés no hace más que repetir simpatías que el año 37 alcanzaron ya demasiado eco. ¿No dijo entonces que de haber sido español combatiría al lado de Franco? En su calidad de aventajado gendarme reaccionario de Albión es natural que se apresure a defender en cada ocasión lo que Franco representa.

Podría decirse que hay en Churchill, como en todos sus colegas, cierta consecuencia política — ni siquiera se detiene a reflexionar acerca de los insultos, denostaciones y burlas que durante la guerra contra Hitler le hacían los falangistas — y sigue fiel a su antiobrerismo tradicional y a los intereses del capitalismo británico. Los señores del laborismo se habían comprometido a seguir un camino opuesto, es decir el de ayudar al pueblo español a derribar ese régimen de infamia. Y sin embargo....

Como en los años de nuestra guerra las avanzadillas reaccionarias y estatales están confabuladas para mantener sometido al pueblo español. Reconozcamos en ellas una solidaridad que los trabajadores y los hombres libres del mundo no han sabido poner en práctica en su terreno peculiar para defenderse de las fuerzas opresoras. Y no cabe perder el tiempo en lamentaciones sobre el acuerdo de éste gobierno o las manifestaciones de aquél diputado o militar pro-franquista, sino que es hora de que termine de una vez la indiferencia proletaria o la torpe esperanza de que en diplomacia o alta política pueda adquirirse la expulsión de Franco cuando sólo depende de la acción organizada de los trabajadores.